

IRAN Y EL PREDOMINIO EN EL GOLFO PERSICO

Aunque en su día los medios informativos multiplicaron las noticias relativas a los actos celebrados en Persépolis a mediados de octubre pasado para conmemorar el II Milenario de la fundación del Imperio persa por Ciro el Grande, tal vez no sea ocioso recordarlos por haber estimado Irán que eran punto de partida de una nueva etapa en su vida nacional: la de su confirmación como primera potencia de la región. Hasta tanto, ciertamente, Irán no había actuado por pasiva en el golfo Pérsico, pero su acción distaba de tener ese carácter de seguridad y decisión que se ha observado recientemente, con lo que adquiere singular importancia en un área donde convergen múltiples intereses estratégicos, económicos y comerciales. Aun concediendo a la humana vanidad la parte que le corresponde en aquellas o similares festividades, no exentas de influencias de Hollywood en las reconstituciones históricas, se impone el propósito de los dirigentes iraníes de lograr objetivos, a la vez internos e internacionales, mediante unos actos que tuvieron proyección mundial.

De cara al país, halagado por situarse en el primer plano de la atención del mundo entero, apuntaron a integrar sólidamente la dinastía Pahleví, de reciente instauración, en la tradición de Persia, o sea a convertirla en eslabón más de una cadena dos veces milenaria, en la que no escasearon las dinastías foráneas, cuales la de los seleucides, sasanides, los árabes, la mongola y otomana, entre otras; ello como consecuencia de sucesivas invasiones, que, desde un punto de vista étnico, hacen que los actuales iraníes apenas si pueden proclamarse descendientes de los persas de Ciro. No es circunstancia propia al Irán, como tampoco lo es que haya tenido una serie de dinastías extranjeras, si bien a partir del siglo XVIII volvió a ocupar el trono una familia persa, que instauró la dinastía de los Kayars. Reza Jan, cosaco que servía en una unidad militar, la derrocó en 1925 en la persona de Muzafar ed-Din, que desapareció del escenario sin pena ni gloria, des-

pués de ver frustrados sus intentos por sacudir al país de su modorra y sacarlo de su atraso, para lo cual lo dotó en 1907 de una Constitución copiada del modelo occidental. No tuvo la virtud de modificar la decadente realidad. Con el nombre de Reza sha Pahleví, el nuevo soberano emprendió enérgicamente la ardua tarea de modernizar su reino, contando con los ingresos producidos por el petróleo descubierto en la región del golfo en 1908, siete años después de que Muzafar ed-Din otorgara una concesión al inglés William Knock d'Arcy. La segunda guerra mundial le cortó los vuelos a Reza sha Pahleví y, bajo la presión de acontecimientos en los que no tenía ni arte ni parte, hubo de abdicar en favor de su hijo Mohammed Reza, el actual sha.

El año siguiente Irán se vio llevado al campo de los aliados y convertido en país de tránsito del abundante material de guerra facilitado por los Estados Unidos a la URSS. Lo mismo que Persia, inermemente frente a la implantación de Gran Bretaña en el golfo Pérsico en el siglo XIX, Irán, por su debilidad, tuvo que aceptar el papel que las grandes potencias le asignaban, de acuerdo con sus conveniencias e intereses. Sin embargo, finalizada la guerra e iniciado el enfrentamiento Este-Oeste, salvando escollos y riñendo a medias con unos u otros, para reconciliarse seguidamente con unos u otros, Irán logró evitar compromisos demasiado ostensibles, en los que no defendía el estricto interés nacional. No ha sido el menor mérito político del sha Mohammed Reza, pese a lo accidentada que ha sido a veces su singladura, el haber mantenido a su país en buenos términos con la URSS y a un tiempo no alejado ni mucho menos de los Estados Unidos y el mundo occidental, es decir, en una situación de equidistancia y equilibrio, de la que es exponente su libertad de movimientos en lo que atañe a la cuestión del petróleo.

Baste recordar a este respecto que Irán fue factor decisivo en la conferencia de Teherán de febrero de 1971¹, que desembocó en una reconsideración sustancial del precio de los crudos por los clientes occidentales. De otra parte, el crecido número de jefes de Estado o de Gobierno y representantes de países que acudieron a Persépolis, entre ellos el de China Popular, evidencia que Irán goza de buena salud internacional, y de hecho sólo tiene un enemigo virtual y declarado: el vecino Iraq. La excepción no

¹ Convocada por la OPEP, Organización de Países Exportadores de Petróleo (sigla inglesa OPEC), fundada en 1960 por Venezuela, Irán e Indonesia y a la que se han ido adhiriendo otros diversos países. Su objeto es adoptar una postura común frente a las sociedades petrolíferas en materia de precio de los crudos. La Secretaría tiene su sede en Viena.

estorba a Irán para figurar en buen lugar en el concierto o desconcierto de las naciones. Es un éxito que se le puede atribuir sin regateos al sha Mohammed Reza, que se afana por consolidar su dinastía mediante el fortalecimiento del país, logrando que esté en vías de desarrollo, con un producto nacional bruto que en 1970 ha sido tres veces el de 1960, mientras que la renta *per capita*, que era de 168 dólares en 1958, ascendió a 350 dólares en 1970, siendo el objetivo para 1990 2.000 dólares². Paralelamente se están implantando mejoras sociales y se realiza la reforma agraria, se mantiene el orden y se ha organizado un ejército tan moderno como bien preparado que garantiza la seguridad del país y, por vía de consecuencia, tranquiliza a los países tributarios del petróleo del golfo Pérsico en la medida en que la capacidad militar iraní los pone a salvo de veleidades de represalias árabes. Son aquéllos los europeos y el Japón, que en un 50 por 100 consumen petróleo procedente de esa región, donde se halla la mitad de las reservas petrolíferas del mundo, por lo menos de las que están en explotación. Es decir, la importancia capital que tiene el que esa región no resulte afectada por vaivenes y subversiones, que, en forma indirecta pero eficaz, asestaría un golpe certero a la economía de los países no comunistas.

Semejante eventualidad no apareció como pura retórica cuando en enero de 1968 Gran Bretaña dio a conocer su decisión de retirarse de todos los territorios al este de Suez en diciembre de 1971. Aunque no cabía deplorar que Gran Bretaña se replegara a su isleña base de partida, quedaba en pie el riesgo de que su ausencia diera lugar a una situación tanto más caótica cuanto que en la orilla occidental del golfo Pérsico proliferan estados y emiratos cuya multiplicidad es ya de por sí un esbozo de caos, mientras que la riqueza de unos y la pobreza de otros parece invitar a un despliegue de la actividad subversiva. Aunque tal actividad sólo consiguiera que esa región volviera a sus pasadas querellas, sin necesidad de implantar regímenes izquierdistas, resultaría afectada una de las despensas petrolíferas del mundo no comunista y eventualmente coartado Irán para proseguir su desarrollo, basado en la venta de petróleo en ingentes cantidades. Que esa posibilidad se le impusiera a Irán lo muestra la aplicada tenacidad con que se ha venido preparando en lo político, lo diplomático y lo militar para

² La tasa de crecimiento calculada para 1971 es del 12 por 100, y la producción petrolífera para ese mismo año, de 225 millones de toneladas, lo cual suponía ingresos del orden de 2.000 millones de dólares.

sustituir a Gran Bretaña, a la que niega desde hace años todo derecho y toda justificación para tutelar esa región, donde hizo acto de presencia hace siglo y medio³, después de desplazar a sus competidores portugueses y holandeses; por lo demás, tan incapaces de reprimir el contrabando y la piratería de los ribereños árabes, como Persia y Turquía, carentes entonces de una fuerza naval susceptible de poner coto a aquellos desmanes. Por su parte, también Gran Bretaña tomó conciencia de los riesgos que entrañaba su retirada, dejando en pos de sí cuantiosos intereses petrolíferos británicos.

En marzo de 1968 sentó las bases de una Federación, comprensiva de los siete emiratos de la Costa de los Piratas o de la Tregua, junto con Bahrein y Qatar, que apuntaba más a mantener a raya al inquieto Iraq que a ponerle trabas a Irán. Apenas nacida en la declaración de principios de su creación, empezaron las dificultades en el seno de la proyectada Federación, por surgir eventuales federados nada dispuestos a apuntalar los intereses británicos, es decir, a perpetuar en cierto modo la presencia en el golfo Pérsico de Gran Bretaña, pero salvándola de los inconvenientes y problemas de una responsabilidad directa. Además se impuso el obstáculo evidente de la disparidad de situación económica y social entre unos y otros federados, por ser ricos los que tienen petróleo y paupérrimos los que no lo tienen ni pueden abrigar la esperanza de que fluya un día de su subsuelo. Durante dos años se celebraron conferencias para determinar las instituciones y el funcionamiento de la futura Federación, centrándose el esfuerzo en establecer una diplomacia y defensa comunes en condiciones de preservar la situación de paz existente y también para dar con la fórmula que resolviera el problema de las diferencias de recursos entre emiratos.

La creación en 1970 del Fondo de Desarrollo del Consejo de los Emiratos de la Costa de la Tregua pretendió salvar ese escollo, aunque prescindiendo de Bahrein y Qatar, que habían decidido pedir su independencia, proclamada, respectivamente, el 14 de agosto y 3 de septiembre pasados. Gran Bretaña reemprendió la tarea federativa con los siete emiratos, cuya Unión o Federación se acordó, finalmente, el 18 de julio de 1971 en la Conferencia de Dubai, convertida en capital de una Unión que ha sido reconocida «so-

³ En 1820, los chejs de la Costa de los Piratas, sucesivamente, firmaron con la Compañía Inglesa de las Indias tratados por los que se comprometían a poner término a la piratería procedente de sus emiratos. En 1853 firmaron con Gran Bretaña un tratado llamado de paz perpetua. De ahí el nombre de Costa de la Tregua dado a la Costa de los Piratas.

berana, independiente y parte integrante del mundo árabe» el 2 de diciembre. No comprende todos los emiratos previstos: Ras-el-Jaima, emirato pobre por carecer de recursos reales y comerciables, se negó a federarse a última hora. De suerte que la Unión de Emiratos Arabes del golfo Pérsico comprende, de Este a Oeste: Fujairah, Um Al Quwain, Ajman, Sharjah, Dubai y Abu Dhabi⁴. La economía de semejante Unión dependerá casi totalmente de la riqueza petrolífera de Dubai y Abu Dhabi, singularmente de este último país, séptimo productor de petróleo del Cercano y Medio Oriente, cuya producción asciende a 32 millones de toneladas anuales (aproximadamente, 360 millones de dólares). Dubai sólo produce 4,2 millones de toneladas, pero allega recursos mediante un inconfesado contrabando de oro.

Si al ejemplo de la Federación yugoslava nos remitimos, con las agrias tensiones que origina el que las repúblicas con abundantes ingresos (Croacia, Eslovenia) hayan de repartirlos con repúblicas pobres, podría darse por sentado que se suscitarán idénticas dificultades en la flamante Unión. No obstante, la escasa población de los emiratos y su atraso son tal vez la garantía de que la máquina político-administrativa puesta en marcha por Londres funcionará sin averías de importancia. Y aun cuando se produjeran, no alterarían peligrosamente la situación en el golfo Pérsico.

De todos modos, lo conseguido dista de lo inicialmente programado por esa Federación, que hubiera agrupado en un solo haz todos los territorios que había controlado Gran Bretaña, con excepción de Iraq y Kuwait, y contra la que se alzó Teherán tan pronto como fuera conocido el proyecto de 1968. Fue la inclusión del archipiélago de Bahrein, con sus ingentes riquezas petrolíferas, su desarrollo, sus puertos y aeropuertos militar y civil y su gran refinería de Auali, la mayor de la región después de la de Abadan, la que desató la enérgica protesta. Irán alegaba, en primer término, que Bahrein había sido territorio de soberanía persa hasta que los británicos desplazaron a su débil titular.

Al retirarse Gran Bretaña, automáticamente Bahrein había de reintegrarse

⁴ *Fujairah*: 1.300 kilómetros cuadrados, 9.000 habitantes; capital, Fujairah, 7.000 habitantes. *Um Al Quwain*: 800 kilómetros cuadrados; capital, Um Al Quwain, 3.900 habitantes. Recursos: Pesca. *Ajman*: 250 kilómetros cuadrados, 4.000 habitantes; capital, Ajman. *Sharjah*: 2.600 kilómetros cuadrados, 31.000 habitantes; capital, Sharjah. Ninguno de estos emiratos tiene petróleo. *Dubai*: 3.900 kilómetros cuadrados, 70.000 habitantes; capital, Dubai, que también es capital de la Unión, 60.000 habitantes. Yacimientos de petróleo. *Abu Dhabi*: 67.000 kilómetros cuadrados, 55.000 habitantes; capital, Abu Dhabi, 22.000 habitantes. Es el país que, en razón de su petróleo y escasa población, tiene una de las mayores renta *per capita* del mundo: 6.500 dólares.

grarse a Irán. En realidad, la historia de Bahrein no se impone tan sencilla. Son muchas las dominaciones a que se vio sometido este grupo de islas, cuya superficie total no rebasa los 1.000 kilómetros cuadrados y que dista escasos kilómetros de la costa de la Arabia Saudita. ¿Qué país ostentó el primer título de propiedad de ese territorio? En el siglo XVI los portugueses lo conquistaron, si bien de 1662 a 1783 fueron sustituidos por los persas sin lugar a dudas. ¿Fueron éstos los que se encontraron con que quienes mandaban allí eran los británicos, motivo por el cual hicieron mutis? En todo caso, la familia reinante en Bahrein procede de la costa arábiga. Al firmar en 1820 el chej reinante un tratado con Gran Bretaña, se otorgaba una independencia que eliminaba a Persia.

Ello no arredró a Teherán para reclamar a Bahrein con más energía que por lo pasado a partir de 1968 y con cierto dramatismo a dejar vacante en el Parlamento el escaño de la irredenta decimocuarta provincia iraní, a un tiempo que multiplicaba las críticas al proyecto inicial de Federación, calificada de poco realista. La adopción de una actitud de reivindicación a ultranza sólo podía desembocar en un desaire o en graves tensiones de haber prosperado el primitivo plan federativo. Teherán debió de percatarse de los riesgos de la disyuntiva y en forma imprevista rectificó radicalmente una postura que daba pábulo a la acusación de «imperialismo», aireada por Iraq y por todos los progresistas del mundo árabe, al extremo de que Iraq hizo hincapié en tal «imperialismo» para propugnar la constitución de un frente árabe unido destinado a neutralizarlo.

La iniciativa iraquí no prosperó, entre otros motivos, porque en conferencia de prensa celebrada en Nueva Delhi a principios de 1969, el sha Mohammed Reza recogió las imprudentes velas de la reivindicación airada y declaró que su país deseaba conocer el sentir de los habitantes del archipiélago sobre su eventual vinculación a la antigua metrópoli, por cuanto no quería imponerse a ellos. Era acogerse a normas de pacífica solución de los problemas, aunque advirtió que Irán se opondría a la aplicación de cualquier fórmula futura que no tuviera en cuenta la voluntad libremente expresada de los bahreníes. Así se puso en marcha el mecanismo de un referéndum auspiciado por la ONU, que se celebró en 1970. Por la casi unanimidad de votos, los habitantes de Bahrein optaron porque su país fuera independiente y soberano. Irán acató la decisión, apuntándose el tanto apreciable de un ejemplar respeto al principio de la libertad de los pue-

blos de disponer de sí mismos. La violenta campaña de propaganda desencadenada por Iraq se vio privada de uno de sus argumentos favoritos.

Sin embargo, apenas archivado el pleito de Bahrein, con más ahínco si cabe, Irán sacó a colación la cuestión de las tres islas del estrecho de Ormuz, Abu Musa, Gran y Pequeña Tunb. Hasta entonces esa reivindicación se había formulado con la boca chica. Se basaba asimismo en la afirmación de que, con anterioridad a la presencia británica en el Pérsico, eran parte del territorio persa, del que están situadas a contados kilómetros. También en esas islas Gran Bretaña ha dejado la estela de unos embrollos jurídicos, tretas y mañas que le han merecido fama de hábil en política. Es un simple error de calificación. Lo sucedido entre la India y Pakistán es aleccionador a este respecto, como ejemplo de mayor actualidad en el ámbito asiático. En efecto, una vez sustraídas las tres islas a la jurisdicción persa, Abu Musa fue asignada por la autoridad británica a Sharjah, en tanto que los islotes de Gran y Pequeña Tunb correspondieron al emirato de Ras-el-Jaima.

Es evidente que la posesión de esas famosas tres islas no es de desdeñar, por cuanto al controlar los 45 kilómetros del estrecho de Ormuz implican controlar la navegación en el Pérsico y de hecho dominarlo. Por este motivo, aun antes de que Irán las ocupara, Iraq puso el grito en el cielo. A principios de noviembre despachó un enviado personal del presidente El Bakr para prometer ayuda y cooperación a los emires de la orilla arábica del golfo, en un intento de aunar debilidades para contrarrestar la inminente acción de Irán y estorbar medidas encaminadas a demostrar que la navegación en el Pérsico no había de resentirse en absoluto del supuesto vacío dejado por Gran Bretaña, un vacío que ningún país ajeno a la región tenía por qué venir a llenar. Por su parte, Kuwait trató de resolver la cuestión de las islas mediante acuerdos de arriendo, pero supeditando el arreglo al reconocimiento por Irán de su pertenencia al mundo árabe. La pretensión de «arabidad» de unas islas harto más próximas de territorio iraní que de territorio árabe se oponía demasiado a la tesis de soberanía sustentada por Teherán para que la fórmula apuntada por Kuwait pudiera ser tomada en consideración. Y la previsible y prevista ocupación se llevó a cabo el 30 de noviembre.

Tímidamente, como avergonzada de su osadía, en medio del griterío árabe, Sharjah hizo saber que no había tal ocupación *manu militari* en lo que a Abu Musa se refería, por existir un acuerdo previo con Teherán y

la contrapartida—muy favorable para un país carente de petróleo⁵—de una ayuda iraní que ha de sustituir los 140 millones de pesetas que Gran Bretaña venía entregando en concepto de arriendo de una base. El atentado perpetrado a primeros de diciembre pasado contra el vicegobernador de ese emirato dice a las claras que, aun en ínfimos Estados, cuya población es menor que la de la menor capital de provincia de España, cabe una oposición o una infiltración de elementos subversivos. En cambio, Ras-el-Jaima, apeada a última hora del tren en marcha de la Unión, negó todo acuerdo con Teherán, aunque su chej, como todos los de la Costa de los Piratas desde 1968, ha estado en Irán en visita oficial, de conformidad con la línea política adoptada por ese país, tendente a sentar con la futura Federación las bases de buenas relaciones, similares a las que existen de hecho con Kuwait y Arabia Saudita. Es la forma de neutralizar en la región la acción de Iraq, afanado en convertirse en mentor y un tanto protector de los nuevos estadillos independientes al socaire de la arabidad.

En esta ambiciosa dirección se inserta la decisión iraquí de llevar al Consejo de Seguridad la cuestión de las tres islas ocupadas en «connivencia con Londres» y a través del embajador británico sir William Luce, según clamó, posiblemente con fundamento. Es, por lo menos, lógico que Gran Bretaña, al dudar de la fortaleza del dispositivo federal, confíe al país más estable de la región la misión de mantener un orden indispensable para la salvaguarda de sus cuantiosos intereses, una vez que ha renunciado a protegerlos por sí misma. Por desgracia para los descos de Bagdad de monopolizar el cuidado de ese sector, un tanto marginal del mundo árabe, le ha salido un rival en la persona del presidente Gadhafi.

Dadas las malas relaciones existentes entre Bagdad y Trípoli desde el golpe de Estado en Sudán del pasado julio, convertido en victorioso contra-golpe de Estado por obra y gracia de los dirigentes libios, no puede descartarse que la dinámica de la disputa libio-iraquí perjudique el coincidente propósito de reintegrar a Ras-el-Jaima en la posesión de Gran y Pequeña Tunb, de nula utilidad para ese emirato, salvo la de permitirle sacar provecho económico de un acuerdo de cesión o arriendo, que, por supuesto, Iraq está dispuesto a suscribir. El inconveniente es que no se vislumbra cómo desalojar de allí a Irán. En cuanto a la ONU, milagro sería que con-

⁵ Hace unos años se iniciaron prospecciones en este diminuto emirato, que, sin esperar los resultados de las investigaciones, se anticipó a emitir una emisión de sellos celebrando su petróleo. Al comprobarse que no había ni rastros en su subsuelo, hubo de retirarla.

siguiera en el Pérsico lo que cabe decir que no ha conseguido en parte alguna del mundo, singularmente en el Cercano Oriente: que cumplan sus resoluciones. Y como quiera que no ha adoptado ninguna en el caso de las islas del estrecho de Ormuz—el veto de Gran Bretaña en el Consejo de Seguridad habrá sido eficaz para impedir su mera consideración—, puede estimarse que la acción iraní ha creado un hecho consumado, pozo sin fondo en el que han caído muchos asuntos. El de Gran y Pequeña Tunb será uno más.

En todo caso, el emir de Ras-el-Jaima habría de ser un artista de la política y la diplomacia para no chocar a la postre con dos amigos suyos enemistados entre sí y no verse llevado, por el camino de los desengaños, a conseguir que Irán le compense del trauma moral causado por la pérdida de sus dos islotes. Sería la solución lógica de un diferente que no alcanza categoría de pleito dada la índole de los querellantes: la diminuta Ras-el-Jaima, la extra regional Libia y el inestable Iraq, el único país del Pérsico claramente hostil a Irán.

Porque prescindiendo de tomas de posición verbales y protestas airadas, inevitables para estar al unísono en el ámbito árabe, las relaciones de Kuwait y Arabia Saudita con Irán no son malas, aunque complejas, por cuanto resultan afectadas por un dilema: proteger los respectivos sistemas político y social apoyándose en Irán y amparándose en un pacto defensivo, como el que Teherán propuso en abril de 1970, o seguir fieles a la arabadidad, aun a riesgo de zozobrar en las aguas de unas ideologías que amenazan con anegar el mundo árabe.

Hasta ahora, Kuwait y Arabia Saudita han optado por no optar, o sea, mantenerse en su actual postura hasta donde alcance su capacidad de maniobra y resistencia a una subversión que apunta a derrocar los regímenes establecidos. Duramente castigados la serie de atentados que se registraron en Kuwait en 1968 y 1969 y adoptadas restricciones al establecimiento de extranjeros en ese territorio —entiéndase naturales de otros países árabes, en primer término, de Iraq—, todo sugiere que el emir de Kuwait sigue gobernando sin mayores dificultades, según las normas de un «sistema político propio a Kuwait... que rechaza todas las teorías políticas extranjeras que pueden convenir a otros países», sabia decisión que, combinada con generosas dádivas hechas a países árabes en apuros económicos, incita a éstos a formar una guardia pretoriana en torno a esa gallina de los huevos de oro, de la que los privaría una subversión triunfante para la que los

regímenes árabes existentes, en su mayoría resultan ser más o menos reaccionarios y conservadores, por lo tanto, destinados a ser derrocados.

En el caso de Arabia Saudita, la subversión que, naturalmente, apunta a suprimir la monarquía como primera medida, actúa bajo el nombre de «Frente Democrático Popular de Liberación de la península arábiga». En 1969 intentó en Ryad un golpe de Estado. Pese a fracasar, elementos de tal Frente siguen presentes en ciertas regiones de Arabia Saudita, singularmente en la de el-Wadiah, fronteriza con Yemen del Sur. Opera en coordinación con otro Frente, el de «Liberación del golfo arábigo ocupado».

Partiendo de un Estado independiente a proclamar en la provincia de Dhofar, del Sultanato de Oman y Mascate, que está en rebeldía desde 1968, pretende establecer una República Popular del Golfo Arábigo, pero comprensiva del Sultanato de Omán y Mascate que, por cierto, geográficamente no forma parte del Pérsico o Arábigo, sino que tiene sus costas en el golfo de Oman. A tal Sultanato se unirían los emiratos de la Costa de los Piratas, Bahrein. Qatar y Kuwait. Para tales movimientos, no se vislumbra por ahora claras probabilidades de lograr sus objetivos, aunque gocen de una de las condiciones indispensables para la supervivencia de la guerrilla: bases. Son las que le facilita la República Popular de Yemen del Sur, indistintamente relacionada con la URSS y China Popular, si bien el predominio de esta última lo revela el hecho de que el armamento encaminado al Dhofar, para su posterior distribución a las guerrillas diseminadas, sea de fabricación china.

El asentamiento de la URSS en la Unión India, derivado del tratado de amistad y cooperación suscrito en Nueva Delhi el pasado 9 de agosto y su decidido y fundamental apoyo a su nueva aliada durante el conflicto con Pakistán, es posible que inciten a China Popular a desplegar en la península arábiga una actividad redoblada para, cuando menos, no perder terreno. De otra parte, como consecuencia lógica del acercamiento soviético-indio es el control por la URSS del Océano Indico y de sus dependencias, el golfo de Oman, el golfo Pérsico y, por supuesto el Mar Rojo, los soviéticos no se demorarán en poner manos a la obra para anular esa actividad china, rival de la suya. Declaradamente progresista, pero con influencia de Moscú, Iraq también puede considerarse una base llegado el caso.

De momento, su apoyo a la subversión no se evidencia y es de todos modos más verbal que efectivo, por tener una guerrilla doméstica —los kurdos—, hoguera que se ha apagado, pero que puede volver a prender en

cualquier momento, de dar crédito a las declaraciones de su máximo dirigente, El Barzani. Por lo demás, el régimen del Presidente El Bakr no está tan sólidamente instalado como para no temer la repetición del intento de golpe de Estado de enero de 1970, parte de cuya responsabilidad Bagdad cargó en la cuenta de Teherán lo cual, ciertamente, no contribuyó a mejorar las relaciones entre los dos países.

Si nunca fueron excelentes entre los dos vecinos, empeoraron paulatinamente desde la instauración de la República en 1958, previa ejecución de la familia real hachemita. Es decir, que razones de radical oposición política e ideológica se han sumado a una diferencia y divergencia racial —los iraníes no son árabes— e incluso religiosa —los iraníes son chiitas, la mayoría de los iraquíes sunnitas, aunque unos y otros musulmanes. Todo ello ha agravado un viejo pleito fronterizo del que no está ausente el hábito de Gran Bretaña de ir señalando su paso por el mundo en el período imperial con una serie de bombas de espoleta retardada. Una de esas bombas es la delimitación de fronteras entre Iraq e Irán en Chat-el-Arab —Arvand Rund para los iraníes—, tal como resulta del tratado de 1937, suscrito cuando Irán era un país débil y en Iraq seguía predominando la ex mandataria británica ⁶.

En ese tratado se señaló una complicada línea de demarcación que, en la práctica y en ciertas zonas, somete la navegación iraní a la jurisdicción de Iraq que percibe determinadas tasas a abonar por Irán para que aquel país mejore las condiciones de navegación por Chat-el-Arab, lo que se guarda de hacer, afirman los iraníes. Si entre buenos vecinos tan compleja situación fronteriza no podría por menos que originar roces y tensiones, se infieren los múltiples roces y tensiones a que, entre vecinos mal avenidos, ha dado lugar año tras año. Irán no ha cesado de acumular los argumentos de toda índole para fundamentar su protesta por una situación que estima intolerable y cuya modificación pretende alcanzar a través de negociaciones con vistas a un nuevo tratado. Uno de ellos es que Chat-el-Arab recibe un 60 por 100 de aguas iraníes. Finalmente, en abril de 1969 denunció el tratado de 1937, con lo cual se ha agravado la tensión.

⁶ Por el Tratado de Sèvres (1920), Turquía renunció a Iraq, que dominaba desde 1534. Ese territorio fue puesto bajo mandato británico. El emir Faisal, proclamado rey de Iraq en 1921, logró en 1930 la supresión del mandato británico y firmó con Gran Bretaña un tratado que salvó las apariencias, pero que no modificó de modo sustancial el hecho de un mandato que seguía ejerciendo Gran Bretaña.

Vanos fueron los esfuerzos de mediación de países amigos. Se estrellaron en la afirmación de Bagdad de que Chat-el-Arab es parte del territorio iraquí, que no cabe poner en tela de juicio su soberanía sobre la totalidad de esa vía fluvial y que, por consiguiente, huelga negociar un nuevo tratado. El deseo de Teherán de negociar en igualdad de derechos con Bagdad dista demasiado de aquella postura para que se vislumbre la fórmula llamada a resolver el problema, enconado por un enfrentamiento político al que no son ajenos los esfuerzos de Iraq por predominar en un golfo en el que sólo tiene unos 25 kilómetros de costa. La ambición de convertir tan modesto balcón en amplia galería da la clave del empeño por vincularse de algún modo la Unión de Emiratos y, en tiempos, de anexionarse Kuwait, así como de los proyectos de defensa militar del golfo Pérsico, un golfo en uno de cuyos extremos, Chat-el-Arab, los dispares derechos alegados por Irán e Iraq no cesan de provocar incidentes y represalias que, por parte iraquí adoptan la forma de expulsiones de súbditos iraníes residentes en Iraq. Una de las últimas —de momento— se registró a mediados de octubre, coincidiendo con las festividades de Persépolis, y como réplica a la provocación de la aviación iraní dedicada a sobrevolar territorio iraquí, dijo Bagdad.

No parece muy oportuno el momento escogido por Teherán para hostigar a un vecino al que tiene a mano durante todo el año. Por lo demás, Teherán, de buscar un pretexto para emprenderla con Iraq, no precisaría recurrir a provocaciones aéreas, ya que no escasean los incidentes de navegación que darían pie a un recurso a las armas en el que Iraq correría grandes riesgos —por no decir la certeza— de ser derrotado. Por ello merece algún crédito la afirmación de Teherán de que Iraq, al poner en guardia contra su vecino, trata de distraer la atención de sus poblaciones de las dificultades internas, a un tiempo que justifica su marginación del conflicto árabe-israelí con la necesidad de defender sus amenazadas fronteras.

Frente a esta querrela sobre todo verbal y a escala de incidentes, la URSS predica sosiego y buenos modos. Por grande que sea su vinculación con Iraq, está en buenas relaciones con Irán, que acaso estima puede ser un triunfo en la partida que ha empezado a jugar, con éxito inicial, para lograr el predominio en Asia. Por ello, independientemente de la clara inferioridad militar de Iraq con relación a Irán, no es muy probable que en las circunstancias actuales se produzca un conflicto armado entre esos dos países, o sea, que la sangre no llegará a Chat-el-Arab y se mantendrá el tenso *statu quo* entre los dos vecinos, siempre que no se altere de modo imprevisible el

contexto internacional, por cuanto los problemas específicos y futuros de la región del Pérsico están condicionados por lo que acaece o acaezca en ese contexto.

Hasta fecha reciente, era factor decisivo de la estabilidad en el golfo Pérsico los intereses petrolíferos occidentales y de Estados Unidos, por los que velaba Gran Bretaña, toda vez que el petróleo es vital para la economía del mundo no comunista. Indirectamente, también los Estados Unidos se preocupaban de proteger tales intereses, ya que gran parte de la producción de petróleo de esa región, tanto de Irán como de los emiratos y de Arabia Saudita, está controlada por compañías norteamericanas. En cambio, la URSS ha manifestado un cierto desinterés por semejante actividad, no obstante haber conseguido en Iraq un lugar destacado en cuanto a tareas de investigación y explotación de nuevos yacimientos.

Su influencia en el Oriente Medio parece buscar otros cauces, como el de las inversiones comerciales en particular, lo cual implica un voto a favor del sosiego político, provechoso para sus intereses nacionales. Por lo demás, la propia URSS, con toda su experiencia y astucia, no se aventura acaso a afrontar el riesgo de bandazos políticos y subversiones de los que no puede tener la absoluta certeza de que, a la postre, redundarán en beneficio del que los suscitó. El caso de China Popular y Albania pueden mostrar a la URSS que la siembra de una ideología no produce siempre cosechas favorables para el sembrador. Además, el anticomunismo —que mucho se parece al antisovietismo— claramente manifestado en Libia, Sudán y, en menor medida, en Egipto pueden tornar a Moscú cauto a la hora de caminar por el mundo árabe, en cualquier momento a punto de imprevisibles reacciones.

De otra parte, entre el embrollo político-militar del Cercano Oriente y la hoguera del Sureste asiático, el futuro del golfo Pérsico dependía hace aún poco tiempo de la evolución de ambos conflictos y de su solución derivada de un acuerdo más o menos tácito norteamericano-soviético. Desde el pasado agosto, y singularmente desde que la URSS está presente en el subcontinente indostánico al socaire del conflicto indio-pakistaní, clara expresión de la decisión soviética de relevar a los Estados Unidos en la misión de contener la expansión china en Asia, se ha modificado la situación.

Por lo pronto, Pakistán, cada vez más aproximado a China Popular, queda descartado del plan iraní de constituir un sistema colectivo de defensa del Asia del Este, en el que se incluían Pakistán y Afganistán. Es

decir, que el golfo Pérsico, mera prolongación del mar de Oman y del océano Indico, está supeditado a la potencia que domine esas áreas. Todo indica que será a corto plazo la URSS, tenaz y afortunada en su propósito de convertirse en talasocracia y poder dominante en Asia. No otro objetivo tiene la solapada búsqueda por Moscú de un acuerdo árabe-israelí que sea llave que abra de nuevo el canal de Suez, de primordial importancia para fortalecer su presencia en el Indico. Lograr tal reapertura no implicaría desencadenar las furias revolucionarias en el Pérsico y sus alrededores. La influencia soviética en esa región puede más bien tener como resultado que los chorros de petróleo se desvíen un tanto hacia los países del Este, cuyas necesidades han de ir en aumento. La URSS, aunque se autoabastece, no puede satisfacerlas.

Los recursos del Pérsico, desviados hacia la URSS, podrían convertirla en distribuidora a sus aliados del precioso líquido, con todas las ventajas económicas y políticas que supone tener su control. Mas si nuevas negociaciones con vistas a la reapertura del canal de Suez se embarrancaran otra vez en la negativa israelí a hacer concesiones, quizá la URSS ejerza presiones sobre los Estados Unidos para ponerlos en razón y conseguir que se impongan a sus aliados de Tel-Aviv. Entonces se incrementaría su interés por los países del Pérsico a fin de hacer maniobras centradas en el petróleo. Serían tanto más fáciles de realizar cuanto que los países productores están siempre dispuestos a apretarle las clavijas a las compañías para incrementar sus recursos⁷.

Por lo demás, es de recordar que, como país más importante de la región, Irán fue tanteado para su inclusión en el proyectado —y fallido— sistema colectivo de defensa asiática, propuesto por la URSS en 1969 y claramente dirigido contra China Popular. La decidida alineación de Pakistán con este país puede incitar a Moscú a convertir a Irán en muro de contención de un empujón de China Popular hacia el Pérsico, utilizando como ariete a su aliado pakistaní. Aunque lo programado en tiempos para el CENTO, al que pertenecen tanto Pakistán como Irán, haya quedado en mera asociación con base económica, perduran las buenas relaciones irano-pakistaníes que

⁷ A finales de diciembre, la OPEP ha convocado una reunión, a celebrar en Ginebra a principios de enero. Tratará de llegar a un acuerdo para plantear seguidamente a las compañías petrolíferas la cuestión de la participación de los países productores en las concesiones otorgadas en su territorio. Al parecer, se proponían exigir una participación del 20 por 100.

podrían facilitar una cautelosa penetración china en el golfo Pérsico, que ronda desde Yemen del Sur.

Moscú hará cuanto sea preciso para evitar esta eventualidad, dado singularmente que, pese al desarrollo en curso en Irán, singularmente en lo militar, y pese a la prudencia de sus gobernantes, existe una oposición, no del todo inactiva, y una virtual tendencia al separatismo, en particular en la provincia de Juzistan, limítrofe con Iraq, en la que predomina la población de origen árabe. Y dar pábulo a la oposición y al separatismo para debilitar —luego, para hacer más dúctil— el poder central es asignatura que se enseña en el curso elemental de la subversión.

Moscú podría utilizar tal arma de no avenirse Irán con el papel que posiblemente le asigne en el nuevo planteamiento político de Asia del Este, paulatinamente sometida a la influencia soviética, en parte, debido a las iniciativas de Moscú y, en parte, en razón de la renuncia de Gran Bretaña y de los Estados Unidos a seguir presentes en esa región. Porque ni en sueños, Estados Unidos contempla la posibilidad de sustituir a su aliada anglosajona, ya que se desviven por salir de la trampa indochina. Es ésta una ardua empresa que tropieza con el inconveniente de que, por muy enfrentadas que estén la URSS y China Popular, ello por motivos geopolíticos, ideológicos y de pugna por el liderato a escala mundial, parecen coincidir en un punto capital: dificultar el propósito norteamericano de dar por terminada la partida en el Sureste asiático, pero sin excesivo desdoro, a fin de recobrar su tranquilidad y rehacerse fuerte y unida en lo interno.

En semejante contexto, la preocupación iraní por controlar la navegación en el Pérsico, que ha logrado hábilmente mediante la ocupación de las tres islas del estrecho de Ormuz, si bien resulta laudable en el marco regional, no tiene la importancia decisiva que se le concediera no hace ni siquiera un año, de momento que el Pérsico y sus riquezas, por grande que sea su valor en sí y en relación con el mundo occidental, van camino de convertirse en elemento de una política global planeada en Moscú y en la que el océano Indico pasa a ser base operativa, lógica consecuencia del desplazamiento a Asia del centro de gravedad de la política internacional.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA



NOTAS

